

esta consideracion: si ahora volviese á inundar todo el orbe aquel universal diluvio, ¿cuántas serian las vidas que quitarían sus aguas? ¡Oh, qué estrago tan lastimoso sería ver todo el mundo lleno de cadáveres! ¡todas las Ciudades hechas montones de muertos! ¡todos los campos sembrados de esqueletos horribles! Pues mas horrible estrago es sin duda el que tú haces quitando á tu alma la vida de la gracia, que vale mas que todas esas vidas, con un solo pecado mortal. ¡Oh, diluvio de malignidad, diluvio de peste, diluvio de veneno!

Caligula, aquel monstruo de la naturaleza, llegó á tanto su fiereza, que deseaba que todo el numeroso pueblo romano no tubiera mas que una cabeza sola, para de un golpe, cortando á todos la cabeza, quitarles á todos la vida. ¡Fiereza increíble! Pues mayor es la tuya, no hay duda, cuando quitas á tu alma la vida de la gracia. Porque si ejecutaras esa culpa, si te diera opcion para que nos quitaras ahora las vidas á todos los que estamos juntos en la Iglesia; ¡qué horror! Dirás, no lo hiciera por cuanto hay en el mundo! Pues es nada todo esto con lo que ejecutas quitando á tu alma la vida con un pecado. ¡Oh, qué muerte, en que pierde el alma una hermosura que bastaba á enamorar y arrebatarse los ojos de Dios! y queda al punto tan fea, tan abominable como, y mas que un demonio. Un pecado solo hizo del Angel mas bello, del Serafin mas hermoso, ese tizon horrible del infierno: pues si tú tienes en el alma, no uno, sino cincuenta pecados mortales; conque esos cincuenta pecados se pudieran repetir, y poner de modo que les fueran imputables á cincuenta Serafines de aquellos, que ahora mas hermosos están junto al Trono de Dios, al punto, al punto hicieran de cincuenta Serafines,

cincuenta fierísimos demonios. ¿Pues cuál será la fealdad de tu alma por tus pecados, si ella sola bastaba á hacer feísimos demonios á cincuenta Serafines?

¡Oh, muerte, que con esa vida y esa hermosura, priva de la nobleza, de la dignidad, del mayorazgo de Dios, y deja el alma como el ahorcado que, con un pié ya en la escalera, no le falta mas que darle el verdugo vuelta! Así tú con un pié solo en la orilla de este mundo, que es la vida del cuerpo, no te falta ya mas de una vuelta para caer á un tormento sin fin, a una esclavitud eterna. ¡Oh, qué cambio! ¡oh, qué permuta, por un gusto que al punto se pasa, una vida de deleites eterna! ¿Qué muger hiciera un pecado si al punto hubiera de quedar fiera como un dragon? ¿Qué Príncipe hiciera un pecado si al punto perdida la Carona, hubiera de quedar vil esclavo? ¿Qué noble hiciera un pecado si al punto hubiera de quedar sin el puesto, sin el mayorazgo y sin la finca? ¿Pues cómo con un pecado perdemos lo que vale mas que infinitos millones? O no tenemos fé, ó estamos locos. No hizo concepto Esaú de lo que vendía en el mayorazgo, cuando lo vendió por una escudilla de lentejas: *Abiit parvipedens, quod primogenita vendidisset.* (Gen. 25.) Mas cuando ya se vió sin él, daba bramidos como un leon atravesado con un dardo: *Irrugit clamore magno.* ¿Pues cuáles serán tus bramidos al ver perdido con la gracia la vista de Dios y un mayorazgo eterno?

Mas la muerte corporal no pára solo en privar de la hacienda y bienes, en quitar á la vida sus funciones, sino que tambien acaba con el sér reduciendo presto un cadáver á gusanos, á podredumbre, á tierra, á nada. Este es el tercer punto de nuestra

meditacion, y la tercera y total pérdida que hace la muerte del pecado en el alma, que sobre quitarle todos sus méritos, sobre quitarle la vida de la gracia, le quita todo su sér, que solo es Dios. Perder á Dios, perder á Dios; ¡oh, qué pérdida!

Veo, decia Santa Catalina de Génova, que tiene Dios tanta conformidad con la criatura racional, que si al demonio se le pudiera quitar aquel asqueroso vestido del pecado, al punto se uniera Dios con él con estrecho lazo de amor. ¿Pues toda la inclinacion áun de Dios, basta un pecado á detenerla? ¡Oh, perverso muro de diamante! *Iniquitates vestrae dividerunt inter vos, et Deum vestrum.* ¡Todo un amor infinito detenido y agolpado al impedimento que le hace un pecado solo! Aquí falta la voz: mejor diré, aquí faltan mares inmensos de lágrimas para llorar tan suma desventura.

Está Dios por su inmensidad en todas partes; pero en el alma de un justo mora, descansa y habita con una especialísima presencia; por eso no tuvo mayor honra que hacerle á María Santísima el Ángel, que decirle: el Señor es contigo: *Dominus tecum.* Porque esa singular compañía de Dios por la gracia, es lo sumo de toda la felicidad. Presente Dios, ¿qué no se puede prometer de dichas el alma? Revolved las Escrituras y hallareis esta verdad á cada palabra: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice Dios á Isaac, cuando lo anima á no temer á los Filisteos: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice á Jacob, cuando lo alienta á despreciar de su peregrinacion los peligros: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice á Moisés, cuando le dá valor contra Faraon, imperio sobre los elementos, poder sobre los mares para librar al pueblo: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice á Josué, cuando lo empe-

ña á coger la conducta de su pueblo: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice á Jeremias, cuando lo envia á predicar la verdad á los Príncipes. Y con Dios á su lado, ¿qué no hicieron de maravillas, qué no consiguieron de victorias, qué no hicieron de felicidades?

Pero este benignísimo Dios, que lo es todo, al punto que admite el alma un pecado solo, retirado de ella en este punto, ¿qué desventuras, qué miserias no le entran de tropel? *Væ, cum recessero ab eis.* ¡Ay de ellos, dice su Magestad, cuando yo me aparte de ellos! ¿No fué lo mismo en Sansón, perder á Dios que perder su fuerza, perder los ojos, perder la honra y perder la vida? ¿No fué lo mismo en Manasés, perder á Dios que perder la Corona, perder la libertad y verse aprisionado en un calabozo? ¿No fué lo mismo en Saúl, perder á Dios que perder la quietud, perder el gusto, perder el Reino y perder el alma? ¿No fué lo mismo en Helí, perder á Dios que perder la dignidad, perder el Sacerdocio, perder el Arca y perder los hijos? ¿No fué lo mismo en Salomon, perder á Dios que perder la sabiduría, perder las riquezas, perder la estimacion y perder el juicio? Y en fin ¿todo el pueblo de Israel, antes maravilla del mundo, no fué en él lo mismo perder á Dios que perder su República, perder su nacion, perder su honra, perder su libertad, perderlo todo, y quedar hecho la infamia del mundo? Pues este Dios es el que tú has perdido por un pecado. ¿Cuál estará tu alma sin Dios? está como Jonás sin Dios en medio de un inmenso mar de tormentas, donde tantas desventuras lo cercan como olas. Está como Cain sin Dios, con todo un mundo de horrores, de sustos y de muertes. Está como una pobre ovejuela, que sin

su pastor, cayó en manos de los lobos que á su sabor la despedazan: *Deus dereliquit eam persequimur, et comprehendite; quia non est qui eripiat.* Está como la hija sin padre que la sustente, sin esposo que la socorra, sin amparo que la defienda. ¡Oh, alma, perdiste á tu refugio! ¿dónde hallarás seguridad? Perdiste al que solo aliviaba tus fatigas, ¿dónde hallarás descanso? Perdiste al que te guardaba, ¿dónde tendrás abrigo? Perdiste al que es dueño de la luz que gozas, del aire que respiras, de todo este mundo en que avitas, y de todo el cielo que esperas, ¿pues cómo podrás estar sin tan dulce dueño, sin tan amoroso padre, sin tan vigilante pastor, sin tan fino esposo? ¡Oh, cómo puedes ya decir lo que repetía aquel otro desventurado! *Omnia perdidimus:* todo lo hemos perdido; porque sin Dios, que dándote el sér solo para el sacrificio, todo tu sér es nada en la vileza, en la falta y en el desprecio: *Ad nihilum redactus sum, et nescivi.*

¿Qué fuera todo este mundo sin luz alguna? Nada todo; porque sin luz, ni todas las plantas y flores tienen hermosura, ni sus metales y piedras tienen brillo, ni todo lo que en él es deleitable tiene precio sin luz. Lo mismo es el oro que el plomo: lo mismo es la flor que la espina; porque le falta, ó á sus colores la hermosura, ó á sus brillos el precio. ¿Pues qué será el alma sin Dios? ¿Para qué quiero la vida, se lamentaba Tobías, si en ella me falta la vista? ¿De qué me sirve todo el mundo, si yo no veo la luz del cielo? ¿Pues qué debes tú decir, alma desventurada, si no tienes á Dios? Y á tan inmensa pérdida, ¿cuál es la demostracion de tu sentimiento? Publio Rutilio, solo porque le quitaron la dignidad de Cónsul, cayó al punto muerto de dolor. ¿Y tú has perdido la dignidad mas su-

prema con Dios, y ni aun lo conoces? Otro romano, sabiendo que para verse su causa en el senado, habia de abogar contra él Marco Tulio, de desesperacion se quitó la vida. ¿Y tú, teniendo en el Tribunal de Dios al mismo Dios por tu enemigo, vives tan descuidado? Urbano III oyendo la nueva de que el Saladino habia cogido á Jerusalem, espiró de tristeza. ¿Y tú, habiéndote robado el demonio con tu Dios la Jerusalem de la gloria, puedes reir y entretener? Los Egipcios, que adoraban por su Dios una fiera serpiente, cuando ésta cerraba los ojos para no mirarlos: *Tota Ægyptus,* dice Pierio, *erat luctu, et maerore consumpta,* todos á grandes gemidos no cesaban del llanto, hasta aplacar á su dragon y á su demonio. ¿Y tú, que ha cerrado por tí Dios los ojos de su amor, no se te derrite el corazon de sentimiento y de temor de tu desventura? Aquel Sacerdote idólatra Micah, habiéndole robado su casa toda, porque le llevaban sus ídolos corria exhalando á grandes gemidos tras los salteadores; y preguntándole qué queria: *Deos meos tulistis,* dice, *et dicitis, quid tibi est?* ¿Qué quereis que tenga, si me llevais mis Dioses? Y tú, perdido, no un ídolo, sino al Dios verdadero, ¿te estás sin moverte á buscarlo? Por último, David tenia por sustento día y noche, las lágrimas solo al hacerle su conciencia esta pregunta: *Ubi est Deus tuus?* ¿Dónde está tu Dios, alma, dónde está tu Dios? Pues si no lo hayas en tí mismo, ¿cómo no levantas hasta el cielo el gemido? ¿Cómo no se deshace tu corazon en lágrimas? ¿Cómo no empleas lo que te ha quedado de alma en suspiros.

¡Oh maldito pecado! ¿quién no ve que eres el sumo de los males, pues trayéndolos todos, no de-

jas en el alma ni un bien solo el mas mínimo? ¡Oh, maldito pecado! ¿quién no te huirá mas que á todos los demonios juntos, pues tú solo has hecho en mi alma mas terribles daños que cuantos pudiera hacer en ella toda su fiereza junta? ¡Oh, maldito pecado! ¿quién no te temerá mas que al infierno, pues todos sus tormentos con Dios fueran delicias, y tú solo, dejándome sin Dios, les prestas fuerzas á sus tormentos, enciendes sus llamas, fomentas sus horrores? ¿Quién no te aborrecerá con un ódio implacable, pues eres tú el que me has hecho perder mas bienes que cuantos caben en el cielo y en el mundo? Eres tú el que me has privado de una vida que valía mas que millones de imperios; y eres tú el que me has hecho perder á mi Dios, á mi Criador, á mi Redentor y mi Dueño; al que es toda mi vida, al que es todo mi sér. ¡Oh, maldito pecado mil veces! Ya no me queda contra tí mas remedio que mi dolor, mi arrepentimiento y mis lágrimas. ¡Oh, si yo pudiera llorarlas de sangre, para ver si vuelvo á hallar otra vez á mi Dios! Basta, pues, de pecar, ¡oh Dios de mi vida! ¡oh Jesus de mi alma! que si por mi pecado derramaste tu sangre, quiero ya acompañar hoy con las mias tus lágrimas; conozco mi locura, veo mi pérdida, y floreo el haberte perdido á tí por un gusto vil de la tierra. ¡Oh, si tuviera yo junto el ódio de todas las criaturas para aborrecer mi pecado! ¡Oh, si tuviera ese ódio con que tú, mi Dios, lo aborreces! con él lo aborreciera. Mas ya, ¿cómo levantaré á tí los ojos, viendo mi ingratitude? ¿Cómo llegaré á tu presencia, viendo mi ruindad? Pero miro tambien tu sangre derramada; miro tus llagas, que si todas las hizo mi culpa, las recibió tu piedad para mi remedio, para que yo me restaure, para que yo

viva; pues vuelve, mi Dios, vuelve hácia mí tu rostro benignísimo, que yo te prometo, que escarmetado ya de la inmensa desventura que es perderte, no he de atender mas que á tu gusto, á tu voluntad y á tu agrado. ¡Oh! y si me dás tu gracia por tu muerte preciosa, yo la guardaré en mi alma como prenda de la gloria.